

RUBEN

Hace diez años en la desolada Bruselas que ocupaba el enemigo, envuelto en la tiniebla de una noche invernal, regresé a casa con una nueva sombra interior, y llamando a los míos les mostré un periódico, y les dije: "Ha muerto Rubén; Vamos a rezar como él sabía rezar". Y leímos:

Padre y maestro mágico, liróforo celeste . . .

Una profunda emoción vibraba en la voz del que leía y humedecía los párpados de los que escuchaban, aunque el poeta dijera:

que sobre su sepulcro no se derrame llanto,
sino rocío, vino, miel.

Y éstos fueron los funerales de Rubén Darío, celebrados en la enlutada Bruselas.

*

Diez años hace que murió Rubén Darío. No le ha tocado la negra suerte de otros grandes escritores, sobre cuya tumba, apenas cerrada, reinó el silencio de la ingratitud, la indiferencia y la incomprensión. Se habla de él como si aún estuviera en plena actividad mental; su influjo se prolonga en el tiempo, y su fama crece y se arraiga cada día, merced a la publicación de sus hojas dispersas y al examen más atento de las que un poco al desgaire él mismo reunió en volumen.

Hoy nadie discute la gran misión realizada en el campo de las letras hispano-americanas por este renovador que les inyectó sangre joven y rica, infundiéndoles poderosa vitalidad. Pero no fue siempre así. A su llegada a Buenos Aires, después de *Azul* . . . , después de sus cartas a *La Nación* desde España, aun esquiva, adonde lo enviara el Gobierno nicaragüense, algunos clarines tocaron alarma, y muchas plumas se aguzaron prontas al ataque del que, sin duda alguna, venía a "sembrar el desorden" en la jerarquía literaria. ¿De qué pecado no se le acusó, contra el decálogo de las letras? Lo menos que hacía era corromper la lengua castellana, infringir todas las leyes de la retórica, arrancar el verso de su secular y redoblante paso de andadura, introducir en el idioma escrito ideas, imágenes y sonoridades que el uso no había sancionado: pretendía ser libre en nombre del arte.

El grupo de los que llamaremos "clásicos", los conservadores de las viejas formas españolas, discípulos — más bien pálidos imitadores de los maestros del siglo de oro, cristalizados en el tiempo abolido ya, sin sospechar que Darío había cavado mucho más hondo que ellos en la pingüe y vieja mina de la raza, fueron quienes más se encarnizaron — naturalmente — contra este profeta que nos llegaba de la América Central, quebrando arbitrarios moldes y derribando ídolos falsos. Lo mismo había pasado en la Península, donde la crítica madrileña, generalmente insubstancial y chacotona, lo puso en solfa tratando de reirse en nombre de los cánones sacrosantos del mismo de quien D. Juan Valera decía proféticamente, hablando de *Azul* . . . : "resulta de aquí un autor nicaragüense que jamás salió de Nicaragua sino para ir a Chile, y que es autor tan a la moda y con tanto "chic" y distinción que se adelanta a la moda y pudiera modificarla e imponerla". Entre nosotros, esos poetas y escritores — de quienes no se habla ya, con bastante injusticia, dicho sea de paso, porque en su tiempo y a su modo mantuvieron vivo el amor del arte — vieron en Rubén su bestia negra y trataron inútilmente de acorralarlo. Fue un nuevo "Ecrasez l'Infâme". Inútilmente, porque Darío tenía, además de su genio, un refugio y un sostén que no le fallara nunca, como lo declaró con noble gratitud en las postrimerias de su vida. Había quien le comprendiera,

y esa comprensión no era la de un hombre solo, sino la de una entidad bastante poderosa para imponer a la atención pública, sino la admiración, el examen escrupuloso de su obra de escritor y de poeta. No cejaban, sin embargo, los antagonistas, antes bien multiplicaban las escaramuzas, disputándole un baluarte inexpugnable, del que ellos mismo se habían servido cuando tenían ese derecho, de que solían servirse aún y que creyeron para siempre exclusivamente suyo. Y es lo curioso que estos adversarios, violentos, se ensañaban precisamente contra las producciones del poeta que más habían de imponerse luego a la admiración del público: Por ejemplo, ese maravilloso responso a Verlaine, que pretendían disparatado y hermético, y que hoy el pueblo mismo ama y comprende. . .

Pero no eran los "clásicos" los únicos que desconocían el valor de Rubén. Por aquellos tiempos triunfaba en muchas provincias de la República literaria universal la escuela naturalista de Zola, con todas las exageraciones a que la lucha abierta impulsaba al maestro y todas las que sus discípulos cometían para sobrepujarlo. Y nuestros "naturalistas" atacaron también con furia al portaestandarte de lo que ellos llamaban despectivamente "decadentismo". De manera que en torno de Rubén Darío sólo quedaron los jóvenes — ¡oh juventud siempre generosa y profética! — en quienes sus encantos debían producir impresión bien profunda, porque los jóvenes aún no estaban deformados en el corazón, en el cerebro, ni en el oído. Sólo quedó ese puñado de cultores de las letras que buscan sinceramente lo bello, tanto actual como pasado, que lo admiran bajo cualquier etiqueta que lleve, y cuyo eclecticismo no es, por cierto, el fruto de la pereza mental, de la rutina, ni de la indiferencia.

Acuden al recuerdo cien lances de esa guerra. Las anécdotas tratan de acaparar el papel en que se escriben. El mundo literario estaba exasperado, y en todos los centros intelectuales se rugía en pro o en contra de Rubén Darío. Pero — ¡oh primer milagro! — todos trataban de escribir mejor. Uno de nuestros más ilustres compañeros, notable crítico español, me detuvo un día, realmente indignado, en el viejo portal de *La Nación*, donde los de esta casa solíamos hacer fugitiva tertu-

lia antes de la hora del asueto y en el instante de volver al trabajo.

—¿Cómo no tratan ustedes de poner coto a esta demencia? — me dijo con voz airada. — ¡Es preciso volver al sentido común!

Creo que no podía contestar a mi respetable amigo sino lo que le repliqué:

—No se preocupe, D. Enrique: si son locuras, ellas pasarán. Si es moda, ya la dejaremos. Sólo queda lo sólido y lo bueno.

Ni era moda, ni era locura: Era una llave que abría vastísimos horizontes, sin más limitación que la del verdadero arte.

Otros, más enconados, iban a plantear cuestión de gabinete ante la dirección de *La Nación* y ante el mismo general Mitre, como si se tratara de un "casus belli". Pero si el general Mitre era un letrado en toda la extensión de la palabra, Bartolito, Mitre encarnaba el arte y la literatura en el periodismo, en Emilio Mitre había uno de los espíritus más comprensivos de su tiempo, D. Enrique de Vedia representaba al gentleman dilettante y erudito, sin "snobismo", y Julio Piquet era — como el maestro de Platón — un gran alumbrador de inteligencias. Puesta la cuestión, el general miraba al Zoilo con sus ojos claros de vidente y, sin un gesto — peor que si se encogiese de hombros — pasaba inmediatamente a otro tema. Bartolito, más accesible, de una llaneza que pocos entendieron y de que muchos abusaron, replicaba agudamente con un "pues a mí me gusta", que era un endiosamiento; Emilio Mitre, desdeñoso, se declaraba soberbiamente incompetente; Vedia sacaba a relucir todos los más modernos escritores franceses, partiendo de los Goncourt, y Piquet, a quien tanto debemos cuantos con cierta justificación habíamos caído en este "achaque de escribir", apabullaba donosamente, con sus sales áticas, al que se permitiera poner en duda el genio que él había descubierto y que el mundo había de reconocer y de aclarar pocos años más tarde.

Pero ningún entusiasmo comparable, por lo combativo, con el de Julián Martel — José Miró —, el querido compañero que, con *La Bolsa*, pasó del anónimo a la celebridad y que la

muerte tronchó cuando, después de la flor primaveral, podía ofrecernos los frutos más opulentos y sabrosos. En defensa de la fama de sus Mesías literario, Pepe llegó a reñir a brazo partido, dando y recibiendo mojicones; pero, como la de Rimbaud y Verlaine, su grande amistad tuvo entreacto violento. . . . que, por fortuna, sólo fue un entreacto. Reconciliados en el fondo, antes de la riña, en la riña y después de la riña, yo tuve el placer de acelerar esa "emulsión" mediante una copa de champaña, acompañado esa noche por Leopoldo Díaz y otros contertulios habituales o accidentales, en la cervecería de Luzio, que era nuestro jardín de Academos.

José Miró fue el magnífico y magnánimo heraldo de Rubén. Señalado para morir tan joven, tenía, quizá, el don profético de los "amados de los dioses", y anteveía lo que el maestro había de realizar en su carrera, corta ella también. Pero a sus ditirambos, a la aprobación de los letrados, a la esperanza de los que creen en el "devenir", continuaban oponiéndose las falanges de los incomprensivos, y fuera de *La Nación* — dentro también un poco, aunque todos sean llamados . . . — y del círculo juvenil y progresista que le rodeaba, cada nueva joya publicada por Rubén daba materia no ya a la crítica decorosa y fundada, sino al chascarrillo vulgar y al retruécano odioso. ("Pan - panich", "Panadero - agua panada"). qué se yo . . . En nuestro mundo literario no se ha visto jamás, y sin duda no volverá a verse, una agitación semejante.

Le daba pábulo — cuando ya el verso no se podía roer sin mellarse los dientes — la vida desorbitada del poeta, su despreocupación por todas las cosas materiales, su regia ignorancia del valor del dinero, que le alejaba de los centros de sociabilidad en los que hubiera podido brillar por sus maneras y por su espíritu como el más atildado marqués o abate de "ruelle", y, digámoslo también, su unilateralidad de artista que no ve nada interesante sino el arte, y que sólo en él piensa, cuando más lejos de él parece. Había nacido para cantar, y cantaba . . . Como vate, pensaba y vaticinaba también, pero allá, muy arriba, como lo revela, entre otras obras maestras su *Oda a la Argentina*.

Rubén explicó su desorden con frases conmovedoras, con-

vincentes para muchos corazones. Pero me parece que su explicación no es buena: espíritu excesivo, desbordante, insaciado e insaciable como Verlaine — aun siendo lo que se entiende y él entendía por feliz — siempre hubiera necesitado nuevos turbadores desahogos... más lejos... más allá... hasta el "paraíso artificial" que tranquiliza porque embrutece. Sin embargo, tengo que recordar piadosa, respetuosamente, sus palabras: "He cruzado por lodazales. Puedo decir como el vigoroso mejicano: "Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan: mi plumaje es de esos". En cuanto a la bohemia inquerida ¿habría yo gastado tantas horas de mi vida en agitadas noches blancas, en la euforia artificial y desorbitada de los alcoholes, en el desgaste de una juventud demasiado robusta, si la fortuna me hubiera sonreído, y si el capricho y el triste error ajenos no me hubiesen impedido, después de una crueldad de la muerte, la formación de un hogar?".

... Recapacitando sobre cuanto en él y de él he visto, tanto aquí como en Europa, desde que lo conocí, hace unos treinta años, hasta hoy; releendo cuanto sobre él se ha escrito, con buena o mala intención; poniéndome fuera de todo prejuicio y apelando a la más estricta ecuanimidad; pese a todas las objeciones de aparente fuerza, basadas en una observación miope y prevenida, me place declarar, desde lo íntimo del alma, que Rubén Darío no era sólo un gran artista, un eximio escritor, sino también un hombre bueno, casi estaría por decir una naturaleza angelical. No se le conoce una perfidia — y pérfidos fueron con él muchos amigos —; no envidió a nadie, él que era de tantos envidiado; sirvió de escalón a muchos que le negaron después, le zahirieron y le maltrataron; fue siempre agradecido en la medida de lo humanamente posible a cuantos le hicieron bien, admirador de todo cuanto es bello, venga de donde venga, y amigo de sus amigos hasta el último estertor. Si puso el nombre de Carlos Vega Belgrano al frente de sus insuperadas *Prosas profanas*, ninguno de los que le quisieron fueron olvidados por su corazón ni por su pluma, y para muchos será una sorpresa — aquí donde se lee tan poco y tan mal — encontrarse con su nombre consagrado en una página de Darío. Pero el hondo grito de gratitud es el que

lanzó en León — peregrinaba en su patria poco tiempo antes de morir — diciendo en un memorable discurso:

“Yo he sido acogido en diferentes naciones como si fuese hijo propio de ellas. Yo guardo en mi gratitud los nombres de Chile, de Costa Rica, del Salvador, de Guatemala y de Colombia, sobre todo el de esta generosa, grande y actualmente eficaz República Argentina, que ha sido mi adoptiva y singular patria. Y dejadme que en estos momentos pronuncie el nombre de Mitre, cuya gloria vasta conocéis, pero de quien seguramente no sabéis la protección vital con que, desde hace veinte años, me sostiene en América y en Europa”. Y en un libro dedicado a Piquet le llamaba, con razón: “Amicus in gaudis, frater in tenebris” . . .

*

¡Cuánto más tendría que decir sobre Rubén Darío, para honrar su memoria en este aniversario! Pero, precisamente, ese “cuánto” me obliga a limitarme a afirmar que Rubén decía verdad cuando exclamaba: “¡Si hay un alma sincera, esa es la mía!”; a limitarme a confesar que ha sido — como de muchísimos otros — uno de mis grandes maestros en el arte de escribir, al probarnos, con más elocuencia ejemplar que Lope, la eficacia de “encerrar los preceptos con seis llaves” (bajo la condición de conocerlos antes, y a fondo si es posible), y no admitir más canon que el de la belleza, tal como la comprende sinceramente y la ve con sus propios ojos. . . .

Los que aman a Rubén pueden hoy celebrar dignamente su misa de cabo de año relejendo el admirable estudio que dedicó a su obra José Enrique Rodó, ese otro vasto y alado espíritu que anhelaba libertarse, también, de la pedestre realidad, y que, como Rubén, nos abandonó temprano.

Algún día no lejano, rendiré más cumplido homenaje a la memoria del poeta y del amigo, cuya sombra se agranda en el tiempo, y que siempre veo, en una esquina de mi escritorio de *La Nación*, estampando en letras de misal sus estupendas panteístas estrofas del *Coloquio de los Centauros*, donde quiso vencer él, inmortal, su gran terror: la Muerte:

“¡La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia,
ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;
en su rostro hay la gracia de la núbil doncella
y lleva una guirnalda de flores siderales.
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales
y en su diestra una copa con agua del olvido.
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido” . . .

ROBERTO J. PAYRÓ.